

## COMPAÑEROS INCONDICIONALES

MARÍA DEL CARMEN OLIVAS ORTEGA

Amanece y yo sigo sumida en la lectura, ha sido necesario encontrar un refugio en algún sitio para cerrar la puerta a la tristeza. Esa tristeza profunda que nos caracteriza a tantas mujeres, en ocasiones motivada por las llamadas “crisis menstruales”; en otras, desatada por el abandono de algún amor; provocada a veces por la fuente de preocupación constante que son los hijos; en otras, son las ausencias las que la hacen aflorar y, entre éstas, las permanentes resultan más dolorosas.

Las parejas sentimentales son invariablemente capaces de transformar la geografía de nuestras vidas, pueden introducir en las llanuras de nuestra existencia grandes depresiones geológicas, que bien pueden catalogarse como cálidos valles que ofrecen placer y tranquilidad, pero que en ocasiones pueden convertirlos en terribles lagunas que amenazan con el hundimiento.

Afortunadamente, existen los libros. Después de haberles abierto la puerta a mi espacio, se han convertido en vigilantes permanentes de mi estado de ánimo y pueden desplazar fácilmente a los simuladores de la alegría: el vino, el tabaco y las compras. Sí, a la copa de vino que adormece el sentido y provoca un olvido ilusorio, pero que empleada sin medida, a la postre cobrará sus servicios con los estragos del alcohol al día siguiente.

También pueden suplir al tabaco aromático que acelera los sentidos al momento, pero que después, con una humareda interior, transforma en visceralidad el raciocinio.

Y a las visitas frecuentes a las tiendas de moda que agotan tarjetas o bolsillos, procurando alegrías efímeras que mustiamente se esconderán en un armario cuando, al volver a casa, de nuevo se instale la tristeza, pueden posponerse indefinidamente.

Soy una mujer promedio, con ocupaciones y preocupaciones en el hogar y en el trabajo, con compromisos y satisfacciones en ambos sitios y con los baches emocionales propios del matrimonio; esa relación pactada que en ocasiones he sentido que me ahoga cual trampa invisible.

Como paliativo a mis desencantos, he convertido a los libros en grandes aliados, en momentos de tristeza y de desgano, cuando me siento castigada por el silencio ensordecedor... los libros no desean permanecer callados a mi lado. Si no tengo compañía para acudir a algún sitio, están ellos que me permiten moverme en espacios distintos y estar rodeada de un gran número de personas.

Puedo encontrar consejo certero en ocasiones de duda y desconcierto; son grandes ayudantes en el análisis de mi vida, sin requerir de visitas formales a grupos de terapia o consultorios médicos.

Los observo callados en mesas o libreros, pero basta con tomarlos para que desde su portada se enlacen conmigo.

Debo pedirles disculpas a mis amigos los libros que tienen que permanecer en lista de espera para llegar a mis manos. Los adquiero compulsivamente, así como muchas otras mujeres adquieren joyas, zapatos y ropa a fin de suplir otras carencias. Yo acumulo libros, un gran número de ellos; ha de ser esa la medida de mi ignorancia y la de mi necesidad de compañía.

He tratado de comprender la vida y la muerte a través de ellos; disfruto de autores tan profundos que permiten sentir las

palabras desde la piel hasta el alma. Aprendo en otros, más allá de la línea que marca un programa de enseñanza. Sufro, en expectativa ansiosa, la llegada del desenlace de muchas novelas. Han entrado en mi cabeza y a mi mundo personajes sorprendentes, sencillos, humanitarios y fantásticos que difícilmente se han de borrar de mi memoria. La lectura ha sido un deleite, un escape y un apoyo según las circunstancias que la vida, día con día, me impone; es una fortuna conocer escritores formidables, desde los clásicos hasta los contemporáneos, ambos me permiten navegar plácidamente entre sus páginas.

Al igual que a un amante le es casi imposible desprenderse de su amada, así me sucede con los libros. Los cierro, los aprisiono y retardo la despedida, guardándole cierta lealtad antes de tomar otro, sufriendo un pequeño duelo en el momento del desenlace.

Hoy, cuando la comunicación ha cambiado tanto, no puedo canjear una pantalla rígida y deslumbrante por la textura fina, el color mate y el aroma de cientos de páginas que conforman los libros, porque han sido y seguirán siendo... una compañía única e incondicional en mi vida.

Ciudad Cuauhtémoc, Chih.